

SEMINARIO DE LETRAS

POR LA REVISION DE NUESTRA HISTORIA.

Leyenda y ficción se entretajan, muchas veces, en el dominio de nuestra historia, porque ha sido frecuente que el investigador de los hechos pasados no haya sabido superar la fuerza con que seducen el interés o la simpatía, la ignorancia o la sombra. Pero la investigación histórica empieza a desconectarse del interés y de la simpatía que enturbian la verdad, o está a punto de vencer la ignorancia y las sombras que sobre el pasado han sido cernidas, y se va acercando hacia el esclarecimiento de la génesis y el desarrollo de los hechos que pasaron. Ya no es la historia el remanso en que encuentran nombradía los hombres y las cosas de tiempos viejos; y muy pronto dejará de ser la fosa en que yacen, caritativamente cubiertos y olvidados, errores, flaquezas y delitos. La historia, que siempre ha sido invocada como sublimada expresión de la justicia, acogerá tales invocaciones y condenará el mal, el comportamiento equívoco o la actitud extemporánea, oponiéndolos al bien, al recto proceder o la conducta inspirada en la conciencia histórica.

Nuestra historia no es justiciera, porque la verdad no esplende en ella. O, mejor dicho, porque la verdad ha sido progresivamente oscurecida por la intervención de alarde, ostentación y fama; y porque la fantasía o el dictado imperativo han cubierto de oropel y resonancia el surco abierto en nuestro recuerdo por la actividad de los personajes históricos. En rigor, todo nuestro pasado ha sufrido la influencia de una caprichosa manera de ver o de hacer la historia y, sin embargo, en el fondo de ese surco que hoy nos aparta del conocimiento de la verdad, se encuentra, indudablemente, esta verdad, aunque temporalmente oculta bajo una apariencia decorativa o un brillo exterior. Es un brillo semejante al de la espuma que borbotea sobre las rotas aguas de una estela; o una apariencia decorativa, que se parece mucho a la vegetación silvestre que en los caminos atrae a los animales mostrencos. Pero tanto la espuma de la estela, como la vegetación de los caminos, oculta el alcance de una y los límites de lo otros; y, de igual manera, las fabulosas superposiciones que el tiempo ha acumulado sobre la pátina de los hechos viejos, o la autoritaria sugestión que ciertos hombres, esgrimen para

desfigurar los hechos más o menos coetáneos, van ocultando el alcance y los límites de los acontecimientos históricos, y esparcen la leyenda o la ficción en torno al pasado, enturbiando la justiciera expresión de la verdad.

Pues, si de los hechos no conocemos otra cosa que su apariencia, es menester que en ellos detengamos una mirada inquisitiva, hasta descubrir su realidad. Y lo mismo que podríamos hacer en el camino florecido, para precisar los límites de su senda, o en la estela espumosa, para identificar la superficie de sus aguas; lo mismo haremos en la historia, para despejar la apariencia y definir la verdad de los hechos pretéritos. Lenta y escrupulosamente debemos hurgar en el pasado, desprozando apariencias o calando oropeles, con la decisión de hacer una historia que sea justa y veraz. Pero será conveniente que no se adultere el planteamiento de esta decisión y, en tal sentido, nadie debe pretender que la leyenda y la ficción, elevadas al rango de historia, justifican cualquiera diatriba que contra el pasado se dirija; ni se ha de creer que la perpetuación de la apariencia en el lugar que a la verdad le corresponde, es una circunstancia que puede hacer valederos el juicio negativo o la detracción. Al contrario, la elaboración de la historia debe ser apartada de todo apasionamiento y de cualquier prevención, pues solo así es posible satisfacer la necesidad de conocer el valor exacto de nuestro pasado y penetrar, profunda e intensamente, en su más íntima verdad.

Al hurgar en el pasado, nuestra inquisición debe ser tan serena como la mirada con que el biólogo escruta a través del microscopio, y tan amorosamente cálida como el fervor que en el sabio se acrecienta cuando se acerca al descubrimiento del principio de la vida: porque el pasado guarda el germen de nuestros males o el síntoma anunciador de una saludable reacción, así como el presente muestra la raigambre de aquellos males y las manifestaciones exteriores de esta reacción. Pero felizmente ocurre hoy que a semejanza del sabio experimentador de los misterios de la vida, el historiador no pretende que sea posible desentrañar todas las leyendas que se han entretreído al rededor de los hechos vividos por los hombres de las épocas pasadas; hoy sabe el historiador que su esfuerzo debe limitarse a un aspecto de las actividades de un pueblo, a los diversos aspectos de la actividad humana en una época determinada, o, a veces, solamente a un fenómeno particular. Porque una visión totalitaria estaría lesionada por los errores que se han infiltrado en la historia tradicionalmente difundida; o sería tan superficial y panorámica que los hechos mal vistos, olvidados e ignorados sacrificarían la perfección del conjunto. Como a la ciencia, hoy debemos ir hacia la historia con la voluntad de limitar nuestro campo de observación, y así se nos hará accesible el realizar una efectiva labor de restauración de la verdad en el asendereado dominio del pasado.

Una visión de conjunto, o aquellas revisiones que aspiran a ser generales, pueden llenar dos fines: dar una noción integral del desarrollo histórico, poniendo al alcance del "nuevo estudioso" los rasgos característicos de los principales acontecimiento; y trazar una línea dinámica del desenvolvimiento humano, para insinuar las leyes seguidas por el hombre en el curso de ese desenvolvimiento. O, aún tratándose de la historia de un solo pueblo, las visiones de conjunto y las revisiones totalitarias tienen, también, un valor restringido: porque están destinadas a exaltar aquellos hechos que puedan edificar una "gloria" nacional, con evidente desmedro de la verdad aleccionadora; porque apenas otean en la realidad social de las épocas pasadas, y no ciertan a presentar los impulsos de los hombres que entonces vivieron; o bien, porque al sugerir o apuntar las causas, así como al explicar la fisonomía de los hechos históricos, estas revisiones totalitarias no pueden superar la simple mención de las circunstancias sobresalientes o la referencia a aquellos sucesos precedentes que puedan tomarse como índice. Y si, a estos defectos de conformación, añadimos la flagrante imposibilidad de consultar las fuentes que puedan esclarecer la génesis y el desarrollo de todos los hechos englobados en las visiones o revisiones de conjunto, comprenderemos que sobre ellas se ciernen el conocimiento impreciso, la adulteración y el error. De allí, pues, que tan presuntuosas maneras de ver la historia deben ser acogidas con una desconfianza sistemática: para salvar al pasado de una dudosa capacidad de síntesis; o para superar la arbitraria selección que entre sus hechos pudo hacer el "historiador".

Una revisión no es, de ninguna manera, una negación. Es, solamente, una empresa de superación. Y, por eso, al preconizar una serena y detenida revisión de nuestra historia, no negamos su valimiento, ni pretendemos sostener que nada hay en ella de justo y encomiable. Porque en la revisión se definen los lineamientos y se precisan las características sustanciales de una obra; y, por lo tanto, no alcanzan categoría de revisión histórica las versiones que interesadamente olvidan, adulteran o desconocen los rasgos específicos de un hecho histórico. Porque en la *re-visión* no se hace otra cosa que ver de una manera nueva los hechos incorporados a la historia, y descubrirles un significado desconocido o que anteriormente no se alcanzaba sino a sospechar. Su espíritu suele sustentarse en el empleo de una nueva disciplina interpretativa, y su causa, en el hallazgo o utilización de datos complementarios que antes eran ignorados o desdeñados. Encarna una tendencia al conocimiento integral y, al efectuarla, el historiador debe realizar una síntesis de los esfuerzos precedentes, para llevarlos a una digna y acertada culminación. O sea que al pensar en satisfacer la necesidad de revisar nuestra historia, estamos planteando la urgente necesidad de completar y perfeccionar el conocimiento de nuestro pasado.

Surgida, ya, la conciencia de esta necesidad, habrá de surgir, también, el esfuerzo que la satisfaga. Porque las condiciones que hoy rodean el desenvolvimiento de la vida humana influyen, en forma preponderante, sobre la elaboración de la historia, al modelar y orientar la conducta individual y, por ende, la conducta del historiador.

ALBERTO TAURO.

